

rador, hijo de su hermano Leopoldo; hermana de padre y madre la gobernadora de los Países Bajos, continuando el papel confiado por Carlos V y Felipe II á sus hermanas ó sus hijas, las Margaritas y las Eugénias, no podía comprender cómo se impacientaban por ella tan poco y les pedía expedieran sus tropas de prisa para extraerla del cautiverio y procedieran á una con verdadera prudencia para evitar que la matara el remedio, como, en efecto, la mató al fin. ¡Cuán duro trance! Con estos procedimientos demostraba la pobre Antonieta que vivían en pugna la Realeza y la Nación. Para que hubiese Realeza, era preciso prescindir de la Nación, y para que hubiese Nación, era preciso prescindir de la Realeza. Los destinados á salvar la Constitución anhelaban la venida de aquellos que corrían á destrozarla, y con toda clase de precauciones se guarecían y escudaban contra los que les habían encargado la representación de su propia soberanía colectiva y les habían dado el áncora hecha en aquellas dolorosas crisis para mantener y asegurar sus naturales derechos. Con este doble moral estado, ¿cómo irían los Reyes á la Federación en el Campo de Marte, y cómo en el Campo de Marte aguardarían á los Reyes las muchedumbres?

La Reina creía que allí la mataban. Así cada paso que daba el tiempo hacia la fiesta de Julio, á sus ojos parecía un paso que daban ella y los suyos al sepulcro. Habíase convenido en que la familia real fuera temprano tal mañana con precaución á los balcones de la Escuela Militar, ornados para recibirla; y el Rey rodeado por los ministros y por los diputados fuese, desde la Escuela Militar, al sacro templo de la patria y repitiera el juramento á la Constitución, mil veces dicho y nunca observado. En las sospechas de los cortesanos, la familia real no corría peligro, situada en una fortaleza guarnecida por tropas fieles; pero en el tránsito de Luis XVI á la prestación de su juramento, estaba el riesgo de caer asesinado. Si un motín se armaba, los caballeros del puñal, que tenían su arma escondida, tiempo hallarían de blandirla y preservar al Rey del atentado; pero no podían preservarlo al ir desde su puesto al aparejado altar para ofrecer su juramento, acto en que le rodearían sus enemigos oficiales, el Congreso y el Municipio, tras sus enemigos oficiales el irritado pueblo. Así tuvo que ponerse, oyendo las instancias de su esposa, un corsé, muy semejante á un escudo interior, que lo preservase de la primer puñalada. Arreglóse tal objeto en casa de la misma Campan que tanto sirvió á los Reyes en estos amarguísimos trances. Componíanlo quince trozos de tafetán italiano en forma de almohadillas, las cuales parecían un chaleco espeso, con un verdadero cinturón adherido al chaleco. No sólo se amortiguaban, según refiere su autora, los puñales en tal artefacto, se perdían las balas también. Pero no estuvo la dificultad tanto en hacerlo como en ceñírselo al Rey, sin que nadie lo notara. Tres días con tres noches llevó la Campan esta máquina bajo sus faldas y no encontró medio, en plazo tan largo, de trasmitírselo al Monarca, para quien se había hecho. En fin, la víspera del festejo pudo Luis, dentro del cuarto de su mujer, quitarse la casaca y la chupa, para sobre la camisa, probar el corsé. Como la Reina todavía

no se hubiese levantado, el Rey llevó la improvisada corsetera lejos de allí para decirle que se colocaba tal molesta quisicosa por la Reina, no por él, pues harto persuadido estaba de que lo rematarían en el patíbulo con toda solemnidad y no por medio de un cobarde asesinato. Habiendo Antonieta notado la conversación entre su marido y su azafata, cuando se marchó aquel de su estancia, le preguntó á ésta de qué hablaban, y como se lo dijese, añadió moviendo tristemente su preciosa cabeza: «temo ya un proceso al Rey; como yo soy extranjera, me asesinarán». Y con este motivo le contó con cuál insistencia el regio matrimonio hablaba de la suerte corrida el siglo décimo-séptimo por Carlos-Estuardo y el siglo décimo-sexto por María Estuardo. Quien haya paseado alguna vez por las maravillosas galerías del antiguo Louvre, habrá visto el retrato de Carlos Primero de Inglaterra, trazado por Van-Dyck, retrato de una tristeza, pero también de una poesía indecibles. Ye podría reproducirlo, si fuese pintor, pues lo veo ahora de pie muy erguido; ropilla blanca y pantalones bombachos rojos y sombrero chambergo negro con plumas multicolores y botas altas de taflete; el cuerpo apoyado sobre un bastón parecido á un cetro; la rubia cabellera cayéndole sobre la espalda y cuidadísima, como si fuesen cabellos de mujer; el rostro muy parecido al rostro de los Austrias y de los Borbones, por su consanguineidad manifiesta con todas las dinastías europeas; larga la nariz y un poco deformes las quijadas por su parecido con nuestros Reyes de la decadencia; mirar algo incierto; poseído de una melancolía en el ceño y presentando unos ojos de cordero agónico, que os contagian de su dulce desesperación, y os enseñan el sentimiento doloroso experimentado por todos estos seres trágicos al descender desde las tablas altísimas del trono á las profundas y negras tablas del cadalso. Imagináo con qué ojos mirarían á los Reyes amenazados de morir en el patíbulo así los retratos, como las historias de sus dos predecesores, colocados por la revolución religiosa y por la revolución política de Inglaterra, en circunstancias tan solemnes y tan graves, como las circunstancias por ellos mismos atravesadas en aquellas apocalípticas horas. Madame Campan refiere que la Reina prefería tal conversación á todas las conversaciones, y entre torrentes de lágrimas y sollozos de verdadera desesperación preguntaba cuál suerte correrían sus hijos en aquel espantoso desastre. Aquí encaja una frase histórica, de profundo sentido, pues enseña más que muchas sabias fisiologías el temperamento de la mujer. Lloraba con tal intensidad Antonieta que, temiendo su azafata le diese una convulsión, quiso llevarle á los labios reparadora cucharada de licor anti-espasmódico, el cual rechazó dulcemente la Reina, diciendo con amargura: «Dejadlo, yo no lo necesito; las mujeres dichosas únicamente sufren ataques de nervios. Cuando yo era feliz, los tenía con frecuencia; desde que soy desgraciada, nunca los tengo». A este propósito, recuerdo yo una vieja señora de mi pueblo, á quien le oí decir sobre tal tema de las enfermedades nerviosas femeniles una cosa muy chusca: en mi tiempo, exclamaba, sin pestañear ni reirse á tal disparada ocurrencia, en mi

CAPITULO ALFONSO

tiempo eran otras las mujeres, vaya si lo eran, pues, en mi tiempo, las mujeres no tenían nervios.

Para ir Campo de Marte se dispusieron los Reyes como si hubieran de ir al otro mundo. Luis ensayaba dentro del Palacio su escudo interior, para mejor adherirlo á su cuerpo, y se deshacía en acciones de gracias á la provida corsetera. Ésta hizo para la Reina otro corsé, pero no quiso la infeliz Antonieta ceñírselo, pues en el campo de Marte reinaba la muerte, y al campo de Marte iba ella con gusto: que sólo quería ya en su desgracia morir. Y así procedieron los dos Monarcas, como si estuvieran en la postrer agonía, y necesitaran expresar su postrera voluntad. La Reina quemó, pues, todos sus papeles, para que no quedase de ellos ningún recuerdo. A una de sus confidentes entrego todo aquello que no debía ser quemado en su juicio: cartas de familia, documentos necesarios á su justificación en la Historia, su correspondencia política con quien quiso un día salvarla y no pudo, con el infeliz Barnave. Entre tantos papeles dejó uno muy curioso, que puede leerse cuando se quiera, por haberlo publicado la Convención: un estudio sobre los temperamentos, caracteres, inteligencias de sus hijos, una colección de memorias en las cuales se demuestra que María Teresa estudiaba con sumo estudio la vida de Antonieta y le daba los más sanos consejos y las más luminosas advertencias. Hasta en el estado de su bolsillo se ocupó con grandísimo cuidado. Percibía el dinero de su lista civil, y sin haber tocado al corriente de Julio, quedábanle ciento cuarenta mil francos en oro de su peculio particular, suma constitutiva de una riqueza en aquellos días de subidos ruinosos cambios y de papel moneda completamente despreciado. Quería dárselo en depósito á la Campan, y ésta lo tomó reservándole mil quinientos para las eventualidades posibles en aquel tormentoso mes. Por estos días abrió Luis XVI el armario secreto férreo tan funesto á su buena memoria y tan dañoso para él en todo verdadero juicio histórico. Buen cerrajero, pues le gustaba más tal faena plebeyísima que sus faenas regias, hizo cuantas llaves y cerraduras le pidiera el gusto, no sólo para guardar papeles concernientes á su persona, para divertirse de sus penas con estos gustosos trabajos. Como necesitaba de oficiales, tenía un muchacho junto á sí, con quien trabajaba todos los días y en quien pusiera ciega confianza. Diez años llevaban de común faena y en los diez años no presentó á su regio camarada ocasión de recelo, ya fuera por sobra de disimulo en él, ó ya fuera por falta de observación en el Rey. Secretamente trabajaron el armario de hierro, secretamente abrieron para él un escondrijo y hueco en la pared, secretamente lo colocaron en el escondrijo repleto de papeles y secretamente lo tapiaron en términos de no revelarse por ningún lado el secreto, ni trascender á nadie. Pintaron sillares y ladrillos muy bien fingidos los dos con brochas que habían por todo extremo recatado y se preciaban uno y otro de la grande habilidad con que prestaron aspectos de verdad á la mentira. El género femenino de la Real Casa, con especialidad Antonieta, muy docta é industriada en chismes de vecindad, solía saber á que partido y

escuela pertenecían hasta sus más humildes servidores, pues todos estaban en alguna fracción inscritos: que los tiempos no consentían la glacial indiferencia de otras generaciones y de otras edades. Así entendió pertenecía el cerrajero, de quien tanto se fiaba el Rey, á la escuela jacobina. Y advirtió, aunque muy tarde y muy sin resultado á Luis XVI, quien jamás atendió á desasirse de sus costumbres, como no podía tampoco desasirse de su educación y de sus creencias. Así rogó al Rey Antonieta que no dejara ningún papel, propio para comprometer su nombre ante la Historia ó sus facultades regias, en aquel armario, cuyo secreto concluiría por ser el secreto á voces. Luis XVI dejó una parte de los papeles en tal nefasto sitio, magüer la oposición de su esposa, y dejó en una gran cartera de cuero varios otros, más transcendentales é importantes que los depositados en el misterioso escondrijo. Este depósito y cartera de documentos pesaba con tal peso que madame Campan quiso llevárselos á su cuarto, y no pudo, teniendo que cogerlos el Monarca y transportarlos en sus fuertes brazos de fornido herrero. Luego que los hubo transferido al cuarto de su azafata y dejáolos bajo su custodia, el Rey advirtió á Madame Campan que la Reina sabría instruirla en el interés excepcional de tales documentos. Y con efecto, preguntó á la Reina, como era natural, todo cuanto se contenía en ellos. Y se contenían expedientes, al decir de la Reina, los cuales darían resultados funestísimos para el Rey de ser divulgados; papeles varios, sobre cuyo contexto podía muy bien abrirse un proceso y fundarse una sentencia; pero sobre todo, un acta muy transcendental de cierto consejo celebrado con sus ministros parlamentarios por Luis XVI, acta en que constaba cómo se había opuesto el Rey á la guerra, reconocida y firmada esta oposición del puño y letra de todos sus ministros. Y como el proceso podía promoverse de un momento á otro, le rogaba no perdiese de vista la cartera y no dejara solo su cuarto ni en los meses de su reglamentario descanso. Bien puede asegurarse que la fiesta del catorce de Julio cogió á los Reyes confesados.

Por fin llegó el catorce de Julio, nuevo día de pasión para los Reyes. Ni uno ni otro durmió la noche anterior. Así, tenían el mirar cansadísimo de quien vela mucho, y antes de la fatigosa jornada, ya estaban fatigados. Escoltábanles numerosísimos batallones de ejército, pero inciertos, entreverados, una parte magna picadísima por los clubs, otra parte leal, pero incapaz de imponerse al pueblo por su escasa importancia y por su corto número. El pueblo, en cambio, rebasaba del inmenso espacio, é iba compacto bajo una consigna; la demostración de un fervoroso culto á Pétion. Cada vez que columbraban los revolucionarios por alguna parte la cabeza del Rey, maldecíanla, no directamente aún, granizando en las orejas del pobre Monarca los más irreverentes vivas al ídolo Pétion. Madame Staël asistió á esta festividad, y la describe con observaciones bien femeniles, aunque su carácter intelectual y su literario estilo nos ofrecen rasgos bien hombrunos á cada paso. Un capítulo entero de sus consideraciones sobre la Revolución francesa está consagrado al festejo de la fede-